



El espejismo de DIOS

Richard
Dawkins

El espejismo de **DIOS**

Richard
Dawkins

Traducción de
Natalia Pérez-Galdós



Título original: *The God Delusion*

© Richard Dawkins, 2006

© Espasa Libros, S. L. U., 2017

© De la traducción: Natalia Pérez-Galdós

Primera edición: marzo de 2007

Novena edición: octubre de 2017

Depósito legal: B. 19.575-2017

ISBN: 978-84-670-5060-8

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Impreso en España/*Printed in Spain*

Impresión: Huertas, S. A.

Espasa Libros S. L. U.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

ÍNDICE

NOTA DEL AUTOR A LA PRESENTE EDICIÓN	13
PREFACIO	23
1. UN NO CREYENTE PROFUNDAMENTE RELIGIOSO	33
Merecido respeto	33
Respeto innmerecido	43
2. LA HIPÓTESIS DE DIOS	53
Politeísmo	54
Monoteísmo	60
Laicismo, los Padres Fundadores y la religión de América	62
La miseria del agnosticismo	70
NOMA	79
El gran experimento de la oración	86
La escuela evolucionista de Neville Chamberlain	92
Pequeños Hombrecillos Verdes	95
3. ARGUMENTOS DE LA EXISTENCIA DE DIOS	101
Las «pruebas» de Tomás de Aquino	101
El argumento ontológico y otros argumentos <i>a priori</i>	105
El argumento de la belleza	110
El argumento de la «experiencia» personal	112

El argumento de las Escrituras	117
El argumento de los admirados científicos religiosos	123
La apuesta de Pascal	130
Argumentos bayesianos	132
 4. POR QUÉ ES CASI SEGURO QUE NO HAY DIOS	 139
El culmen del Boeing 747	139
La selección natural como acicate de la conciencia	141
Complejidad irreductible	147
El culto a los <i>gaps</i>	154
El principio antrópico en su versión planetaria	165
El principio antrópico en su versión cosmológica	173
Un interludio en Cambridge	183
 5. LAS RAÍCES DE LA RELIGIÓN	 193
El imperativo darwiniano	193
Ventajas directas de la religión	198
Selección de grupo	201
La religión como subproducto de alguna otra cosa	204
Psicológicamente preparados para la religión	211
Pise usted con delicadeza, porque está caminando sobre mis memes	224
Cultos «cargo»	237
 6. LAS RAÍCES DE LA MORAL: ¿POR QUÉ SOMOS BUENOS?	 243
¿Tiene nuestro sentido moral un origen darwiniano?	247
Un caso de estudio en las raíces de la moral	257
Si no hay Dios, ¿por qué ser bueno?	261
 7. EL «BUEN» LIBRO Y LA MORAL CAMBIANTE DEL <i>ZEITGEIST</i>	 271
El Antiguo Testamento	272
¿Es el Nuevo Testamento mucho mejor?	286
Ama a tu prójimo	291
El <i>Zeitgeist</i> moral	300
¿Qué pasa con Hitler y Stalin? ¿No eran ateos?	310

8. ¿QUÉ HAY DE MALO EN LA RELIGIÓN? ¿POR QUÉ SER TAN HOSTILES?	319
El fundamentalismo y la subversión de la ciencia	321
El lado oscuro del absolutismo	325
Fe y homosexualidad	328
La fe y la santidad de la vida humana	331
La gran falacia de Beethoven	339
Cómo «la moderación» en la fe alienta el fanatismo	343
9. INFANCIA, ABUSO Y HUIDA DE LA RELIGIÓN	351
Abuso físico y mental	356
En defensa de los niños	367
Un escándalo educativo	373
Despertando las conciencias una vez más	380
La educación religiosa como parte de la cultura literaria ...	383
10. ¿UN VACÍO MUY NECESITADO?	389
Binker	390
Consuelo	395
Inspiración	405
La madre de todos los burkas	406
NOTAS	421
APÉNDICE	435
BIBLIOGRAFÍA	441
ÍNDICE ANALÍTICO	451

1

UN NO CREYENTE PROFUNDAMENTE RELIGIOSO

No trato de imaginar a un Dios personal; me basta con contemplar con reverencia la estructura del Universo, en la medida en que nuestros pobres sentidos nos permiten apreciarla.

ALBERT EINSTEIN

MERECIDO RESPETO

El muchacho yace boca abajo sobre la hierba, con la barbilla apoyada entre sus manos. Repentinamente, le embarga una intensa percepción de la maraña de tallos y raíces, del bosque microcósmico, un universo transfigurado de hormigas y escarabajos, e incluso —aunque en ese momento no pudiera conocer todos esos detalles— también del sustrato de bacterias invisibles que, por miles de millones, apuntalan silenciosamente la economía del micromundo. De pronto, el microbosque de hierba parecía dilatarse y hacerse uno con el universo y con la extasiada mente del muchacho que lo estaba contemplando. El chico interpretó la experiencia en términos religiosos, lo que eventualmente le condujo al sacerdocio. Se ordenó pas-

tor anglicano y acabó siendo capellán de mi escuela, un profesor por quien yo sentía un gran aprecio. Gracias a pastores liberales y decentes como él, nadie podrá afirmar jamás que me forzaron a tragarme la religión¹.

En otro tiempo y lugar, ese muchacho podría haber sido yo mismo bajo las estrellas, deslumbrado por Orión, Casiopea y la Osa Mayor, bañado en lágrimas a causa de la música inaudible de la Vía Láctea, embriagado con los aromas nocturnos que desprendían los frangipanes y las trompetas de los ángeles en un jardín africano. El porqué esa misma emoción pudo haber guiado a mi capellán por un camino y a mí por otro distinto no es una pregunta fácil de responder. Entre científicos y racionalistas suele darse una respuesta cuasi mística ante la contemplación de la naturaleza y el Universo sin que ello implique creencia alguna en lo sobrenatural. Presumiblemente, al menos durante sus días de juventud, mi capellán no sabía nada (como tampoco yo) de las líneas del famoso pasaje que cierra *El origen de las especies*: «La enmarañada ribera [...] con aves que cantan entre los matorrales, con diversos insectos revoloteando y gusanos que se arrastran entre la tierra húmeda». Si lo hubiera conocido, sin duda se habría identificado con él y, en lugar del sacerdocio, se habría inclinado por las ideas de Darwin sobre cómo todo está «producido por leyes que actúan a nuestro alrededor»:

Así, la cosa más elevada que somos capaces de concebir, a saber, la producción de los animales superiores, resulta directamente de la guerra de la naturaleza, del hambre y de la muerte. Hay grandeza en

¹ Durante las clases, nuestro deporte favorito era distraerle de las Escrituras y que nos contara historias del *Fighter Command and the Few*. Había servido en la RAF (Real Fuerza Aérea Británica) y, más tarde, leí este poema de John Betjeman desde la familiaridad que me infundieron sus historias y un cierto afecto que todavía conservo por la Iglesia de Inglaterra (al menos si la comparo con sus competidoras): «Nuestro padre es un viejo piloto de los cielos,/Ahora le han cortado las alas cruelmente,/Pero en el jardín de la rectoría el mástil de la bandera/continúa apuntando hacia cosas más altas». [El *Fighter Command* fue uno de los tres mandos funcionales de las fuerzas de aviación británicas en la Segunda Guerra Mundial que tenía bajo su mando a los cazas Spitfire y Hurricane. The few se refiere a «los pocos», en palabras de W. Churchill, aviadores que ganaron la Batalla de Inglaterra: «Nunca tantos le debieron tanto a tan pocos». (*N. de la T.*)]

esta concepción de que la vida, con sus diferentes fuerzas, ha sido alentada por el Creador en un corto número de formas o en una sola, y que, mientras este planeta ha ido girando según la constante ley de la gravitación, se han desarrollado y se están desarrollando, a partir de un principio tan sencillo, una infinidad de las más bellas y portentosas formas.

En *Un punto azul pálido*, Carl Sagan escribió:

¿Cómo es posible que casi ninguna religión importante haya analizado la ciencia y concluido: «¡Esto es mucho mejor de lo que habíamos pensado! El Universo es mucho mayor de lo que dijeron nuestros profetas, más grandioso, más sutil, más elegante»? En lugar de eso, exclaman: «¡No, no y no! Mi dios es un dios pequeño y deseo que siga siéndolo». Una religión, antigua o nueva, que subrayara la magnificencia del Universo tal como la ha revelado la ciencia moderna, debería ser capaz de generar enormes provisiones de reverencia y sobrecogimiento que los credos convencionales apenas han explotado.

Todos los libros de Sagan rozan las terminaciones nerviosas del asombro transcendente que la religión ha monopolizado durante siglos. Mis propios libros aspiran a ello. Como consecuencia, con frecuencia escucho decir de mí que soy una persona profundamente religiosa. Una estudiante americana me escribió diciéndome que había preguntado a su profesor por la opinión que yo le merecía. «Ciertamente —contestó—, su ciencia positiva es incompatible con la religión, pero se extasía ante la naturaleza y el Universo. ¡Para mí, eso *es* religión!». ¿Pero la palabra adecuada es «religión»? No lo creo. El premio Nobel de Física (y ateo) Steven Weinberg lo expresó mejor que nadie en *El sueño de una teoría final*:

Algunas personas tienen una idea de Dios tan amplia y flexible que resulta inevitable que se topen con él dondequiera que miren. Uno ha escuchado que «Dios es lo definitivo», o que «Dios es nuestra mejor naturaleza» o que «Dios es el Universo». Por supuesto, como ocurre con cualquier otra palabra, podemos darle a la palabra «Dios» cuantos significados queramos. Si usted quiere decir que «Dios es energía», entonces lo podrá encontrar en un trozo de carbón.

Weinberg sin duda está en lo cierto al decir que, a menos que deseemos convertir la palabra Dios en algo totalmente inservible, deberíamos usarla de la manera en que habitualmente la gente la ha entendido. Esto es, para denotar a un creador sobrenatural a quien «resulta conveniente adorar».

La incapacidad para distinguir lo que podría denominarse religión einsteiniana de la religión sobrenatural ha provocado una confusión muy desafortunada. En algunas ocasiones, Einstein invocaba el nombre de Dios (no es el único científico ateo que lo ha hecho) induciendo con ello a equívocos a los partidarios de lo sobrenatural ansiosos por malinterpretar y reclamar a tan ilustre sabio como uno de los suyos. El final dramático (¿o habría que decir travieso?) de *Una breve historia del tiempo* de Stephen Hawking, «[...] porque entonces conoceríamos el pensamiento de Dios», está manifiestamente mal construido. Ha hecho que muchas personas creen, por supuesto erróneamente, que Hawking es un hombre religioso. La citóloga Ursula Goodenough suena más religiosa todavía que Hawking o Einstein en *The Sacred Depths of Nature*. Goodenough ama las iglesias, las mezquitas y los templos, y su libro contiene numerosos fragmentos que prácticamente están implorando que se los saque de contexto para ser usados como munición por parte de la religión sobrenatural. Incluso llega tan lejos como para autodenominarse «naturalista religiosa». Con todo, una lectura atenta del libro muestra que es una atea tan acérrima como yo.

«Naturalista» es un término ambiguo. Invoca en mí al héroe de infancia, el Doctor Dolittle de Hugh Lofting (quien, por cierto, tenía algo más que una pincelada del «filósofo» que navegaba a bordo de la goleta *HSM Beagle*). En los siglos XVIII y XIX, «naturalista» significaba lo que todavía hoy significa para la mayoría de nosotros: un estudioso del mundo natural. Esta clase de naturalistas, desde Gilbert White en adelante, a menudo fueron clérigos. El propio Darwin, cuando era joven, estuvo destinado a la vida eclesial en la esperanza de que la sosegada vida de un párroco rural le permitiera proseguir con su pasión por los escarabajos. Sin embargo, los filósofos utilizan la palabra «naturalista» en un sentido muy distinto, exactamente como lo contrario de «sobrenaturalista». En *Atheism: A Very Short Introduction*, Julian Baggini explica el significado del

compromiso de un ateo con el naturalismo: «La mayoría de los ateos cree que, a pesar de que hay una sola clase de materia en el Universo —la materia física—, nuestras mentes, la belleza, las emociones y los valores morales, en suma, todo el rango de fenómenos que enriquecen la vida humana, proceden de ella».

Los pensamientos y las emociones humanas *emergen* de una complejísima interconexión de entidades físicas que se dan en el seno del cerebro. En este sentido de naturalismo filosófico, un ateo es alguien que cree que no hay nada más allá del mundo natural, físico, ninguna inteligencia creadora sobrenatural acechando tras el universo observable, ningún alma que sobreviva a la muerte del cuerpo y ningún milagro —excepto los propios fenómenos naturales que todavía no comprendemos—. Si nos da la impresión de que existe algo más allá del mundo natural es porque todavía no lo conocemos sino imperfectamente, aunque esperamos poder entenderlo e incorporarlo así al ámbito de lo natural.

Los grandes científicos de nuestro tiempo que dan la impresión de ser religiosos a menudo resultan no serlo cuando se examina más de cerca su pensamiento. Esto es sin duda cierto en el caso de Einstein y Hawking. Martin Rees, el astrónomo real actual y presidente de la Royal Society, me contó que iba a la iglesia en calidad de «anglicano descreído... solo por lealtad a la tribu». Rees carece de creencias teístas, pero comparte el naturalismo poético que el cosmos provoca en los científicos que he mencionado. En el transcurso de una reciente conversación televisada que mantuve con mi amigo Robert Winston, obstetra y muy respetado pilar de la comunidad judía británica, le reté a que admitiera que el judaísmo tenía exactamente esa misma idiosincrasia y que realmente él no creía en lo sobrenatural. Estuvo a punto de admitirlo, pero al final se echó para atrás (para ser justos, he de decir que se suponía que era él quien me entrevistaba a mí y no al revés) (3). Cuando le presioné, dijo que el judaísmo le proporcionaba una buena disciplina para ayudarlo a estructurar su existencia y alcanzar una vida mejor. Es posible que sea así, pero, por supuesto, eso no tiene la menor relevancia en lo relativo al valor de verdad de ninguno de sus enunciados sobrenaturales. Hay muchos intelectuales ateos que se proclaman judíos con orgullo y observan los ritos judíos, posiblemente debido a una suerte de

lealtad a la antigua tradición o a sus parientes asesinados. Aunque también a causa de una voluntad, confusa y que confunde, de etiquetar como «religión» a esa reverencia panteísta que muchos de nosotros compartimos con su más distinguido exponente, Albert Einstein. Puede que no crean, pero tomando prestada la frase de Dan Dennett, «creen en la creencia» (4).

Uno de los comentarios de Einstein que ha sido citado con más afán es: «La ciencia sin religión está coja, la religión sin ciencia está ciega». Pero Einstein también dijo:

Por supuesto, todo lo que usted lee sobre mis convicciones religiosas es una falsedad que está siendo sistemáticamente repetida. No creo en un Dios personal y nunca lo he negado, más aún, lo he afirmado con toda claridad. Si hay algo en mí que pueda llamarse religioso, es una admiración ilimitada por la estructura del mundo hasta donde nuestra ciencia es capaz de ponerla de manifiesto.

¿Da la impresión de que Einstein se contradice? ¿Que sus palabras se pueden seleccionar según convenga para apoyar a ambos contendientes en una discusión? No. Einstein entiende algo completamente distinto de lo que convencionalmente se entiende por «religión». Mientras prosigo con mi aclaración de la diferencia entre la «religión einsteniana» y la religión sobrenatural, no pierdan de vista que únicamente califico de falsa ilusión a los dioses *sobrenaturales*.

Aquí van más citas de Einstein para dar una idea de la «religión einsteniana».

Soy un no creyente profundamente religioso. De una suerte de nueva religión.

Nunca le he imputado a la naturaleza un propósito u objetivo, ni nada que pudiera entenderse como antropomórfico. Lo que veo en la naturaleza es una estructura portentosa que solo podemos comprender muy imperfectamente, y eso debería imbuir a cualquier individuo pensante de un sentimiento de humildad. Ese es un sentimiento religioso genuino que no tiene nada que ver con el misticismo.

La idea de un Dios personal me resulta bastante ajena e incluso naíf.

Tras su muerte, comprensiblemente, muchos apologetas de la religión intentaron reivindicarle como uno de los suyos. Algunos de sus contemporáneos religiosos le veían de modo muy distinto. En 1940 Einstein escribió aquel famoso artículo para justificarse por la afirmación «no creo en un Dios personal». Esta y otras afirmaciones semejantes provocaron una avalancha de cartas de la ortodoxia religiosa, muchas de las cuales aludían a los orígenes judíos de Einstein. Los fragmentos que a continuación se transcriben están tomados del libro *Einstein and Religion* de Max Jammer (la principal fuente de la que he obtenido las citas de Einstein sobre cuestiones religiosas). El obispo católico de la ciudad de Kansas dijo: «Es triste ver que las enseñanzas de un hombre que procede de un linaje del Antiguo Testamento niegan la gran tradición de su linaje». Otro sacerdote católico terció en el asunto: «No hay más Dios que un Dios personal... Einstein no sabía de lo que hablaba. Estaba completamente equivocado. Algunos individuos creen que por haber alcanzado un grado profundo de conocimiento en algún campo particular, están cualificados para emitir opiniones sobre cualquier cosa». La idea de que la religión es una *disciplina* ideal sobre la que proclamarse un *experto* no debería pasarse por alto sin cuestionarla. Es de suponer entonces que el susodicho sacerdote no habría aceptado el dictamen sobre el color y la forma exacta de las alas de las hadas de un reconocido experto en hadas. Tanto él como el obispo pensaban que, al no estar adiestrado en teología, Einstein no había entendido correctamente la naturaleza de Dios. Todo lo contrario, Einstein comprendía perfectamente lo que estaba negando.

Un abogado católico que trabajaba en favor de una congregación ecuménica escribió a Einstein:

Lamentamos profundamente que hiciera usted la afirmación... en la que ridiculizaba la idea de un Dios personal. En los últimos diez años no ha habido nada tan ex profeso como su afirmación para hacer que la gente piense que Hitler tuvo alguna razón para expulsar a los judíos de Alemania. Concediendo que a usted le asiste el derecho a la libertad de expresión, insisto en afirmar que su declaración le ha convertido en una de las mayores fuentes de discordia en Estados Unidos de América.

Un rabino neoyorquino dijo: «Einstein es incuestionablemente un gran científico, pero su visión de la religión se opone diametralmente al judaísmo».

¿Pero? ¿Pero? ¿Por qué no «y»?

El presidente de una de las sociedades históricas de Nueva Jersey escribió una carta que ponía de manifiesto la debilidad de la mente religiosa de un modo tan descarnado que merece la pena leerla dos veces:

Respetamos su sabiduría, Dr. Einstein, pero hay una cosa que usted no parece haber aprendido: Dios es un espíritu y no se le puede hallar con un telescopio o con un microscopio, del mismo modo que las emociones o el pensamiento humano no pueden encontrarse analizando el cerebro. Como todo el mundo sabe, la religión se basa en la fe y no en el conocimiento. Todo individuo pensante, en ocasiones, se ve asaltado por dudas religiosas. Más de una vez he vacilado en mi fe. Pero nunca le cuento nada a nadie de mis extravíos espirituales por dos razones: (1) porque temo que por pura sugestión pudiera interferir dañando la vida y las esperanzas de alguno de mis semejantes; (2) porque coincido con ese autor que escribió: «Hay una vena de mezquindad en cualquiera que desee destruir la fe de otro»... Dr. Einstein, espero que haya sido usted citado incorrectamente y que, en adelante, pueda decir cosas más agradables a la inmensa mayoría de los estadounidenses que se complacen en honrarle.

¡Qué carta tan demoledoramente reveladora! Cada frase rezuma cobardía intelectual y moral.

La carta de un fundador de la Asociación del Tabernáculo del Calvario de Oklahoma era algo menos abyecta, aunque más impactante:

Profesor Einstein, creo que cada cristiano estadounidense le responderá: «No abandonaremos la creencia en nuestro Dios y en su hijo Jesucristo, pero si usted no cree en el Dios de las gentes de esta nación, le invitamos a que se vuelva al lugar de donde vino». He hecho todo lo que está en mi mano para ser una bendición para Israel, y llega usted, y con una afirmación surgida de su blasfema boca, le hace más daño a la causa de su pueblo que todo el bien que puedan obrar todos los esfuerzos de los cristianos que aman a Israel para erradicar el antisemitismo de nuestra tierra. Profesor Einstein, cada cristiano estadouni-

dense le responderá de inmediato: «Tome su loca y falaz teoría de la evolución y regrese a Alemania, o cese en su intento de quebrantar la fe de un pueblo que le dio la bienvenida cuando se vio obligado a huir del país donde nació».

La única cosa que todos sus críticos teístas captaron correctamente fue que Einstein no era uno de ellos. Einstein se indignaba reiteradamente ante las sugerencias de que era teísta. ¿Era pues un deísta como Voltaire y Diderot? ¿O un panteísta como Spinoza, cuya filosofía admiraba: «Creo en el Dios de Spinoza que se revela a sí mismo en el orden armónico de lo existente, no en un Dios preocupado por las acciones y el destino de los seres humanos»?

Permítanme que nos pongamos al día en lo relativo a la terminología. Un teísta cree en una inteligencia sobrenatural que, además de su tarea primordial de haber creado el Universo en primera instancia, continúa supervisando e influyendo sobre el destino ulterior de su creación inicial. En muchos sistemas de creencias teístas, la deidad está íntimamente involucrada en los asuntos humanos. Responde a las plegarias, perdona y castiga los pecados, interviene en el mundo obrando milagros, se preocupa por las buenas y malas acciones, y sabe cuándo se llevan a cabo (e incluso cuándo *se tiene intención* de realizarlas). Un deísta también cree en una inteligencia sobrenatural, pero cuya actividad se encuentra restringida a ese primer momento en el que establece las leyes que gobiernan el Universo. El Dios deísta nunca interviene con posterioridad y, ciertamente, no tiene ningún interés en los asuntos humanos. Los panteístas no creen en absoluto en un Dios sobrenatural, pero utilizan la palabra «Dios» como un sinónimo no sobrenatural de Naturaleza, de Universo o de las leyes que rigen sus respectivos funcionamientos. Los deístas difieren de los teístas en que su Dios no responde a las plegarias, no se interesa por nuestras confesiones ni nuestros pecados, no lee los pensamientos y no interviene obrando milagros caprichosamente. Los deístas difieren de los panteístas en que el Dios deísta es alguna forma de inteligencia cósmica más que un *sinónimo* panteísta poético o metafórico para referirse a las leyes del Universo. El panteísmo es ateísmo condimentado. El deísmo es teísmo descafeinado.

Hay toda clase de motivos para pensar que *einstenianismos* famosos como «Dios es sutil pero no malicioso», «Dios no juega a los dados» o «¿Tuvo Dios otras opciones al crear el Universo?» son panteístas y no deístas, y, ciertamente, no teístas. «Dios no juega a los dados» debería traducirse como «el azar no constituye el meollo de todas las cosas». «¿Tuvo Dios otras opciones al crear el Universo?» significa: «¿Pudo el Universo haberse iniciado de otra manera?». Einstein empleaba la palabra «Dios» en un sentido puramente metafórico, poético. Lo mismo les sucede a Stephen Hawking y a la mayoría de físicos que ocasionalmente se deslizan en el lenguaje de la metáfora religiosa. El libro *La mente de Dios*, de Paul Davies, parece hallarse suspendido entre un panteísmo einsteiniano y una oscura forma de deísmo que le valió el premio Templeton (una gran suma de dinero que la Fundación Templeton otorga cada año, habitualmente a un científico que esté dispuesto a decir algo agradable sobre la religión).

Permítanme sintetizar la «religión einsteniana» con otra cita del propio Einstein: «Sentir que detrás de cualquier cosa que pueda ser experimentada existe algo que nuestra mente no puede captar, cuya belleza y sublimidad nos alcanza solo indirectamente, como un débil reflejo; eso es religiosidad. En ese sentido, yo soy religioso». En ese sentido, yo también soy religioso, con la reserva de que «no captar» no tiene necesariamente que significar «imposible de captar por siempre jamás». Aunque prefiero no llamarme a mí mismo religioso porque puede resultar engañoso. Puede confundir de foma destructiva, porque para la inmensa mayoría de las personas «religión» implica «sobrenatural». Carl Sagan lo expresa muy bien: «[...] Si por “Dios” se pretende dar a entender el conjunto de leyes físicas que rigen el Universo, entonces está claro que hay tal Dios. Ese Dios no es emocionalmente satisfactorio... no parece que tenga mucho sentido rezarle a la ley de la gravedad».

Tiene gracia que el reverendo doctor Fulton J. Sheen, que es profesor en la Catholic University of America, ya presagiara y formulara la última parte de la observación de Sagan allá por 1940, cuando Einstein fue atacado ferozmente a causa de su rechazo a la existencia de un Dios personal. Sheen preguntó con sarcasmo si alguien estaba preparado para entregar su vida por la Vía Láctea. Y debía pensar

que estaba logrando un tanto en contra de Einstein en lugar de a su favor cuando añadió: «Esa religión cósmica solo tiene un defecto: puso una letra de más en la palabra, la letra “s”». No hay nada de cómico en las creencias de Einstein. Con todo, yo preferiría que los físicos se abstuvieran de emplear la palabra «Dios» en ese sentido metafórico particular. El Dios metafórico o panteísta de los físicos está a años luz del Dios intervencionista, milagrero-vengador, leepensamientos, castiga-pecados, escucha-plegarias de la Biblia y de los sacerdotes, de los mulás y los rabinos, del lenguaje ordinario. En mi opinión, confundir ambos deliberadamente es un acto de alta traición intelectual.

RESPECTO INMERECIDO

El título, *El espejismo de Dios*, no se refiere al Dios de Einstein y del resto de científicos ilustrados de la sección anterior. El hecho de que la «religión einsteniana» tenga una capacidad probada para confundir es el motivo por el que necesitaba apartarla del camino y así poder comenzar. A lo largo de lo que resta del libro, hablaré únicamente de dioses *sobrenaturales*, de entre los cuales, el Yahvé del Antiguo Testamento es quien les resulta más familiar a la mayoría de mis lectores. Volveré a él enseguida. Pero antes de abandonar este capítulo preliminar, necesito tratar otro asunto que, de otra manera, perturbaría todo el libro. Esta vez se trata de un asunto protocolario. Es posible que los lectores religiosos se sientan ofendidos por lo que tengo que decir y encuentren que en estas páginas no se tratan sus creencias específicas (cuando no las creencias que otros atesoran) con el debido *respeto*. Sería una lástima si tales ofensas les impidieran continuar leyendo y por ello deseo resolverlo desde el primer momento.

Una suposición que se acepta de forma generalizada en nuestra sociedad —incluyendo a los individuos no religiosos— es que la fe religiosa es especialmente vulnerable a la ofensa y debería protegerse por un muro de respeto inusualmente espeso; un respeto de clase muy distinto al respeto que cualquier ser humano le debe a otro. Douglas Adams lo describió muy atinadamente en un discurso im-

provisado que ofreció en Cambridge poco antes de su muerte (5) y cuyas palabras no me canso de compartir:

La religión... contiene ciertas ideas nucleares que llamamos sagradas o benditas, o lo que se prefiera. Lo que eso significa es: «He aquí una idea o una noción de la que no le está permitido decir nada malo; simplemente no le está permitido. ¿Por qué no?... Porque no». Si alguien vota a un partido con el que usted no está de acuerdo, es posible disputar sobre ello tanto como se desee; todo el mundo puede mantener alguna discrepancia, pero nadie se siente agraviado. Si alguien considera que los impuestos deberían subir o bajar, es usted libre de discutirlo. Pero, por el contrario, si alguien dice: «No encenderé las luces en sábado», usted dirá: «Lo respeto».

¿Por qué ha de ser perfectamente legítimo apoyar al partido laborista o al conservador, a los demócratas o a los republicanos, este modelo económico o aquel otro, a Macintosh frente a Windows, pero no lo es mantener una opinión sobre cómo comenzó el Universo, sobre quién lo creó..., porque es sagrado?... ¡Estamos habituados a no desafiar a las ideas religiosas, pero resulta muy interesante el furor que se desata cuando Richard lo hace! Todo el mundo se pone frenético porque no está permitido decir esas cosas. Aunque, si el asunto se aborda de modo racional, no hay razón para no debatir esas ideas tan abiertamente como cualquier otras, excepto que de alguna manera hubiera un acuerdo tácito en que no debemos hacerlo.

He aquí un ejemplo del excesivo respeto de la sociedad por la religión, uno que realmente tiene importancia. Con mucho, el motivo más simple para ganarse el estatus de objetor de conciencia en tiempos de guerra son los motivos religiosos. Puede ser usted un brillante filósofo moral que haya escrito una tesis doctoral laureada con algún premio en la que se describan los males de la guerra y, aún así, seguirá teniendo que pasar un mal rato delante del tribunal que evalúa su caso para declararse objetor de conciencia. Pero si usted puede alegar que uno o ambos de sus progenitores son cuáqueros, le irá como la seda, sin importar lo iletrado e inarticulado que usted pueda ser en lo referente a las teorías pacifistas o, incluso, al cuaquerismo.

En el extremo opuesto del espectro pacifista, mostramos una renuencia pusilánime a emplear nombres religiosos para referirnos a facciones contendientes. En Irlanda del Norte, a los católicos y los

protestantes se les llama eufemísticamente «nacionalistas» y «lealistas», respectivamente. La misma palabra «religiones» se expurga y se sustituye por «comunidades» como, por ejemplo, en la expresión «guerra intercomunitaria». Como resultado de la invasión angloamericana en 2003, Irak degeneró en una guerra civil sectaria entre musulmanes chiíes y suníes. Un conflicto claramente religioso que, tanto en el titular que encabezaba la primera página como en el artículo principal del periódico *The Independent* de mayo de 2006, se describía como «limpieza étnica». En este contexto, «étnica» es otro eufemismo. Lo que estamos viendo en Irak es una limpieza religiosa. El uso original que se hizo de «limpieza étnica» en la antigua Yugoslavia también puede ser tildado de eufemismo para denotar la limpieza religiosa en la que se vieron envueltos serbios ortodoxos, croatas católicos y musulmanes bosnios (6).

Con anterioridad he hecho notar cómo los medios de comunicación y el gobierno privilegian a la religión en las discusiones públicas sobre ética (7). Siempre que surge una controversia sobre cuestiones de moral reproductiva o sexual, puede usted apostar a que los líderes religiosos de los diversos grupos confesionales se verán favorecidos en su número de representantes en los comités influyentes o en los paneles de discusión de radios y televisiones. No estoy sugiriendo que debamos abandonar nuestro modo de proceder para censurar las opiniones de esas personas. Pero, ¿por qué nuestra sociedad les sigue el juego como si tuvieran alguna cualificación comparable a la de, por citar algún caso, un filósofo moral, un abogado de familia o un médico?

He aquí otro ejemplo extrambótico de cómo se privilegia la religión. El 21 de febrero de 2006, la Corte Suprema de Estados Unidos dictaminó que cierta iglesia de Nuevo México estaba eximida de cumplir una ley que prohíbe el consumo de drogas alucinógenas y que todos los demás están obligados a cumplir (8). Los leales miembros del Centro Espírita Beneficente União do Vegetal consideran que pueden entender a Dios únicamente bebiendo té de hoasca, que contiene dimetiltriptamina, una droga alucinógena ilegal. Nótese que basta con que ellos *crean* que la droga agudiza su entendimiento; no tienen que justificarlo de ninguna forma. Y a la inversa, hay multitud de evidencias de que el cannabis alivia las náuseas y el ma-

lestar que provoca la quimioterapia en los pacientes de cáncer. Pese a ello, la Corte Suprema dictaminó en 2005 que todos aquellos pacientes que usaran cannabis con fines terapéuticos eran susceptibles de ser procesados por las autoridades federales (incluyendo los estados en los que es legal ese uso específico). Como siempre, la religión es la carta del triunfo. Imagine que los miembros de una asociación de amigos del arte plantearan ante la corte de justicia que consideraran necesaria una droga alucinógena con el fin de agudizar su comprensión de la pintura impresionista o surrealista. Sin embargo, cuando una iglesia afirma tener una necesidad equivalente, se ve respaldada por el más alto tribunal de justicia. Tal es el poder de la religión como talismán.

Hace diecisiete años fui uno de los treinta y seis escritores y artistas comisionados por la revista *New Statesman* para escribir una contribución en apoyo del distinguido autor Salman Rushdie (9), por aquel entonces sentenciado a muerte por haber escrito una novela. Encolerizado por la «simpatía» que les inspiraba a los líderes cristianos el «dolor» y la «ofensa» musulmanas, e incluso a algunos líderes de opinión laicos, tracé el siguiente paralelismo:

Si los partidarios del *apartheid* hubieran sido listos —por lo que yo sé— habrían alegado que permitir la mezcla de razas era algo contrario a su religión. Una buena parte de sus opositores hubieran hecho mutis por el foro respetuosamente. Y no tiene caso afirmar que es un paralelismo injusto porque el *apartheid* no tiene justificación racional. Todo el planteamiento de la fe religiosa, su fuerza y su principal gloria, reside en que no depende de la justificación racional. Se espera que el resto de nosotros defendamos nuestros prejuicios, pero pídasle a una persona religiosa que justifique su fe y estará usted infringiendo el derecho a la «libertad religiosa».

Bien poco podía imaginarme que algo parecido ocurriría en el siglo XXI. El número de *The Angeles Times* del 10 de abril de 2006 informaba de que numerosos grupos de cristianos de campus universitarios diseminados por todo Estados Unidos estaban demandando a sus centros por hacer cumplir las normas antidiscriminación, incluidas la leyes contra el acoso y el maltrato a los homosexuales. Un ejemplo típico es el de James Nixon, un chico de doce

años que en el año 2004, en Ohio, consiguió de los tribunales que se le permitiera vestir una camiseta con las palabras: «La homosexualidad es un pecado, el islam una mentira y el aborto un asesinato. Algunas cosas son simplemente blancas o negras» (10). En la escuela le pidieron que no llevara puesta esa camiseta y los padres del muchacho interpusieron una demanda contra el centro escolar. Si hubieran basado la demanda en la primera enmienda, que garantiza la libertad de expresión, podrían haberse acogido al supuesto de caso de conciencia. Pero no lo hicieron. De hecho, no podían hacerlo porque libertad de expresión no incluye «libertad para expresar odio». Aunque si se prueba que el odio es religioso, ya no se considera odio. Por tanto, los abogados de Nixon, en lugar de a la libertad de expresión, apelaron al derecho constitucional de la libertad religiosa. Su victoriosa demanda fue apoyada por la Alliance Defense Foundation de Arizona, cuyos negocios consisten en «fomentar la batalla legal por la libertad religiosa».

El reverendo Rick Scarborough, para apoyar la ola de demandas similares interpuestas por los cristianos con el fin de establecer la religión como justificación legal para la discriminación de homosexuales y otros grupos, bautizó tales acciones como la lucha por los derechos civiles del siglo XXI: «Los cristianos van a tener que luchar por el derecho a ser cristianos» (11). Una vez más, si esos individuos alzarán su voz por el derecho a la libertad de expresión, uno podría, no sin reservas, simpatizar con ellos. Pero no se trata de eso. ¡El caso legal a favor de la discriminación de los homosexuales se está organizando como un contrajuicio por una supuesta discriminación religiosa! Y la ley parece respetar tal cosa. Uno no podría salirse con la suya diciendo: «Si trata de evitar que insulte a los homosexuales, está usted violando mi derecho a la libertad de tener prejuicios». Pero sí puede hacerlo diciendo: «Viola mi derecho a la libertad religiosa». ¿Cuál es la diferencia? Si reflexionamos sobre ello, de nuevo, con la religión hemos topado.

Finalizaré el capítulo con un caso de estudio concreto que ilumina de modo elocuente el respeto exagerado que la sociedad tiene por la religión, que va mucho más allá del respeto que se tiene por lo humano. El caso estalló en febrero de 2006 —un episodio esperpéntico que oscilaba violentamente entre la tragedia y la comedia—. El

septiembre anterior, el periódico danés *Jyllands-Posten* publicaba una tira cómica con doce viñetas en las que se mostraba al profeta Mahoma. Durante los siguientes tres meses, un pequeño grupo de musulmanes que residían en Dinamarca liderados por dos imanes a quienes ese país había concedido asilo (12) alimentaron la indignación de manera cuidadosa y sistemática a lo ancho y largo del mundo musulmán. A finales de 2005, esos malevolentes exiliados viajaron desde Dinamarca a Egipto portando un dossier que copiaron para hacerlo circular desde allí hacia el resto del mundo islámico, incluyendo Indonesia. El dossier contenía falsedades sobre presuntos maltratos a los musulmanes en Dinamarca, junto a la falsedad tendenciosa de que el *Jyllands-Posten* era un periódico gubernamental. También contenía las doce viñetas, junto con otras tres imágenes adicionales de origen misterioso que, por supuesto, no tenían conexión alguna con Dinamarca y que, a la postre, serían decisivas. A diferencia de las otras doce, las tres añadidas eran verdaderamente ofensivas —o lo habrían sido si, como aducían sus ardorosos propagandistas, hubieran mostrado a Mahoma—. Una de ellas, particularmente dañina, no era en absoluto una caricatura, sino una fotografía enviada por fax de un hombre con barba que exhibía un morro de cerdo sujeto con ligas. Con posterioridad se determinó que era la fotografía de Associated Press en la que aparecía un francés que había participado en un concurso de una feria rural francesa donde se imitaban los gruñidos de los cerdos (13). La fotografía no tenía la menor conexión con el profeta Mahoma, ni con el islam, ni con Dinamarca, pero en su periplo al Cairo para incitar a la discordia, los activistas musulmanes dieron a entender que existían esas tres conexiones... con los resultados predecibles.

El meticuloso cultivo del «dolor» y la «ofensa» alcanzó un punto álgido cinco meses después de que las caricaturas fueran publicadas. En Pakistán e Indonesia los manifestantes quemaban banderas solicitando histéricamente que el gobierno danés se disculpara. (¿Disculparse, por qué? El gobierno no había dibujado ni publicado las caricaturas. Los daneses simplemente viven en un país con libertad de prensa, algo que les costaría bastante entender a los habitantes de muchos países islámicos). En Noruega, Alemania, Francia e incluso en Estados Unidos (llamativamente, no así en Gran Bretaña),

los periódicos reimprimieron las viñetas como un gesto de solidaridad con el *Jyllands-Posten*, lo que añadió más leña al fuego. Embajadas y consulados sufrieron atropellos, se boicotearon los productos daneses, la integridad física de los ciudadanos daneses y occidentales en general se vio amenazada, las iglesias cristianas en Pakistán, sin relación alguna con Dinamarca o Europa, fueron incendiadas. Durante el ataque e incendio del consulado italiano en Bengasi, cometido por vándalos libios, fueron asesinadas nueve personas. Como escribió Germaine Greer, lo que a esa gente realmente le gusta y hace mejor es sembrar el caos (14).

Un imán paquistaní ofreció una recompensa de un millón de dólares por la cabeza del «caricaturista danés», aparentemente sin haber reparado en que se trataba de doce caricaturistas daneses y, con toda probabilidad, ignorando que las tres imágenes más ofensivas nunca habían visto la luz en Dinamarca (por cierto, ¿de dónde iba a salir ese millón de dólares?). En Nigeria, los que protestaban contra las viñetas danesas quemaron varias iglesias cristianas, atacaron con machetes y mataron a cristianos (negros nigerianos) en las calles. También introdujeron a un cristiano en un neumático, lo rociaron con gasolina y le prendieron fuego. En Gran Bretaña, los manifestantes fueron fotografiados con pancartas que decían: «Muerte a los que insultan al islam», «Haced una carnicería con los que insulten al islam», «Europa, pagarás: la demolición está en camino» y, aparentemente, sin el menor asomo de ironía, «Decapitemos a quienes digan que el islam es una religión violenta».

Como corolario de todo ello, el periodista Andrew Mueller entrevistó a un líder moderado del islam británico, sir Iqbal Sacranie (15). Tal vez sea moderado conforme a los actuales estándares islámicos, pero en lo que respecta a la crónica de Mueller, el comentario que hizo cuando Salman Rushdie fue condenado a muerte por escribir una novela todavía continúa resonando con fuerza: «La muerte tal vez sea algo demasiado caritativo para él» —un comentario que lo situó en una posición de ignominioso contraste frente a la de su valiente predecesor como el musulmán más influyente de Gran Bretaña, el difunto doctor Zaki Badawi, que había ofrecido refugio en su casa a Salman Rushdie—. Sacranie le dijo a Mueller lo mucho que le preocupaban las caricaturas danesas. El periodista también estaba

preocupado, pero por razones muy distintas: «Me preocupa que una reacción ridícula y desproporcionada ante algunas viñetas escasamente cómicas aparecidas en un oscuro periódico escandinavo puedan confirmar que... islam y Occidente son básicamente irreconciliables». Además, Sacranie elogió a los periódicos británicos por no haber reeditado las caricaturas, a quienes Mueller transmitió la sospecha de la mayoría de los británicos de que «la moderación de la prensa inglesa se debía menos a su empatía con el descontento musulmán que al deseo de no ver rotas sus ventanas».

Sacranie explicó que «la persona del Profeta, la paz sea con él, es profundamente reverenciada en el mundo musulmán, con un amor y una afección tales que no pueden ser expresadas con palabras. Va más allá del amor a los padres, a los seres amados, a los hijos. Es parte de la fe. Además, el islam enseña el precepto que prohíbe representar al Profeta». Como hizo notar Mueller, estas palabras más bien asumen

que los valores del islam triunfan sobre los de cualquier otro credo —que es lo que asume cualquier seguidor del islam, lo mismo que los seguidores de cualquier otra religión creen que el único camino, la única verdad y la única luz pertenecen a la suya—. Si la gente quiere amar a un predicador del siglo VII más que a sus propias familias, es asunto suyo, pero nadie está obligado a tomárselo en serio.

Excepto que si usted no la toma en serio y guarda el debido respeto, verá amenazada su integridad física a una escala a la que ninguna otra religión ha aspirado desde la Edad Media. Uno no puede evitar preguntarse por qué es necesario tal grado de violencia, dado que como apunta Mueller: «Si alguno de vosotros, payasos, tenéis razón en algo, es en que los dibujantes van a ir al infierno de todas, todas, ¿no es así? Entre tanto, si queréis emociones fuertes por las afrentas a los musulmanes, leed los informes de Amnistía Internacional sobre Siria y Arabia Saudí».

Muchas personas se han percatado del contraste entre el «dolor» histérico que profesan los musulmanes y la facilidad con la que los medios de comunicación árabes publican caricaturas estereotipadas de los judíos. En una manifestación que tuvo lugar en Pakis-

tán en contra de las viñetas danesas, una mujer vestida con un burka negro fue fotografiada portando una pancarta con la leyenda: «Dios bendiga a Hitler».

En respuesta a este caos delirante, los periódicos liberales sensatos deploraron la violencia e hicieron un poco de ruido simbólico a favor de la libertad de expresión, mientras que, al mismo tiempo, mostraban «respeto» y «afinidad de sentimientos» por el profundo «dolor» y las «ofensas» que habían «sufrido» los musulmanes. Recuérdese que el «dolor» y el «sufrimiento» no habían consistido en que alguna persona hubiese padecido violencia duradera o dolor real de ninguna especie; todo lo más, en unos trazos de tinta impresa en un periódico del que, fuera de Dinamarca, nadie habría oído hablar jamás de no ser por una campaña deliberada de incitación a la violencia.

No estoy a favor de ofender o herir los sentimientos de nadie simplemente por el gusto de hacerlo. Pero me intriga y desconcierta la desproporción con la que se privilegia a la religión en nuestras, por lo demás, sociedades laicas. Todos los políticos deben habituarse a que sus rostros sean caricaturizados irrespetuosamente y nadie monta disturbios para defenderles. ¿Qué tiene la religión de especial para que le concedamos el privilegio de un respeto tan singular? Como dijo H. L. Menken: «Debemos respetar la religión de nuestro prójimo, pero solo en idéntico sentido y de la misma forma en que respetamos su teoría de que su mujer es la más guapa y sus hijos los más inteligentes».

Y es a la luz de esta presunción sin precedentes de que le debemos respeto a la religión como yo hago mi propio descargo de responsabilidad por este libro. No me apartaré de mi modo de proceder para ofender, pero no usaré guantes de seda para tratar la religión con más delicadeza con la que trataría cualquier otra cosa.